



Carter jura y estrena despacho.

LA ERA DE CARTER

La primera orden ejecutiva de Carter al incorporarse a la Presidencia ha sido una medida de indulto: el de los prófugos de la guerra de Vietnam. Son unos 12.000 censados, más un número no conocido de prófugos que no se registraron para el servicio. La medida no alcanza a los desertores que abandonaron el campo de batalla o

de Vietnam. Entre otros factores que se fueron acentuando a partir de un hecho primordial, como fue el asesinato de Kennedy, la guerra de Vietnam pudrió la sociedad americana y estuvo a punto de ser como una guerra civil. Su final, aparentemente desastroso para los Estados Unidos —una guerra perdida— marcó una especie de resu-

Eduardo Haro Tecglen

las bases militares cuando estaban ya incorporados al servicio (unos 93.000), pero la Casa Blanca anuncia ya que estos casos van a ser revisados con un espíritu de clemencia. Políticamente, esta primera orden de Carter es significativa. En primer lugar, cumple una promesa hecha repetidamente durante su campaña, como una indicación de que no hay diferencias entre el Carter candidato y el Carter Presidente (habrá que esperar más tiempo para comprobarlo). En segundo lugar, tiende a terminar por la vía conciliatoria lo que todavía es un cáncer en la vida pública de los Estados Unidos, la guerra

rección de la sociedad y de las tensiones internas. Sin embargo, el tema de los prófugos, aun siendo tan escaso en número como queda indicado, mantenía abierta la llaga. La medida de Carter tiene una tercera lectura: simplificando, el perdón era una solicitud de la izquierda y la continuidad del castigo lo era de la derecha. Se ha visto que, tras la amnistía, las organizaciones de la derecha —como la American Legion, compuesta de ex combatientes de todas las guerras— han comenzado a protestar. La medida de indulto tiene por lo tanto la posibilidad de ser considerada como una inclinación de la nueva presi-



dencia hacia la izquierda, rompiendo el viejo derecho de Nixon-Ford. Es algo naturalmente relativo. Responde a la diferenciación entre el partido demócrata que accede con Carter a la presidencia y el republicano, que se hunde.

Carter ha inaugurado su presidencia con este símbolo, con el símbolo de la unidad con el pueblo, de la aproximación popular por la vía de caminar a pie hacia la Casa Blanca —como hizo Giscard d'Estaing el día de su incorporación al Elíseo— y por la de dirigirse al pueblo en un sentido de casi plegaría en su discurso inaugural: "Vuestra fuerza compensará mi debilidad,

vuestra sabiduría podrá ayudar a minimizar mis errores", dijo. "El mismo idioma —comenta un editorial de *Washington Post*— y espíritu que otros reservan para Dios". ¿Demagogia? ¿Oportunidad política? Repitamos lo mismo: será preciso tiempo para saber. El hecho es que Carter inaugura su presidencia con este sentido que hace unas semanas comentábamos en estas páginas, refiriéndonos a los mensajes de fin de año de los jefes de estado del mundo: un cierto sentido de inseguridad. Antes, en otro estilo de la propaganda oficial, los jefes de Estado prometían todo a todos: ahora indican ya que no todo es posible, que el mundo y el país están sometidos a presiones que no siempre se pueden vencer: "No podemos responder a todas las preguntas ni resolver todos los problemas: no tenemos medios para hacerlo todo..."

El mundo que hereda Carter no es precisamente un mundo fácil. Si la economía de los Estados Unidos es mejor que la de sus aliados occidentales es, de alguna manera, a costa de ellos: los Estados Unidos están absorbiendo en su beneficio lo que otros países pierden, porque a partir de un cierto momento —y

muy particularmente a partir de la guerra de Vietnam; luego, en la carestía de la energía y materias primas— es porque han sabido exportar su inflación. O porque han podido. En otros momentos históricos, los grandes países europeos exportaban su inflación y sus problemas económicos a sus colonias, a su imperio; los Estados Unidos han hecho algo de esto con Europa. A pesar de ello, el miedo a la inflación podrá retrasar las promesas de Carter en el sentido de mayor protección social —medicina gratuita, deportes, reforma de impuestos, etcétera.

Esta exportación de inflación y

LA ERA DE CARTER

problemas a los países de su alianza no puede dejar indemne la metrópolis. Cualquier imperio de la Historia se ha construido siempre con un mismo significado y una sola intención: la de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos de pleno derecho de la metrópolis a costa de la explotación de las tierras y los hombres de los países dominados. Pero la fórmula colonizadora de nuestros tiempos es distinta: el imperio se formula en tanto que alianza y la fuerza en tanto que defensa. La máscara no es simplemente una máscara, sino que obliga a ciertas interrelaciones que no existían ni en tiempos del Imperio Romano ni siquiera en los del Imperio Británico. Washington está viendo que esta exportación de problemas a los países subordinados puede terminar de alguna forma con el Imperio. Hay movimientos de revuelta en los países subordinados, como puede serlo el avance de la izquierda en el Mediterráneo. Las Administraciones anteriores a Carter han tratado de eliminarlos o contenerlos por vía de amenazas y presiones: es la política tradicional, únicamente interrumpida —y no enteramente— durante el breve tiempo de poder de Kennedy. La política que Carter ha enunciado en su campaña ha sido más bien confusa. Respondiendo a la identificación vagamente izquierdista del Partido Demócrata, Carter ha dado a entender que sería más tolerante para los "eurocomunismos" y, sobre todo, para las izquierdas no comunistas que antes caían bajo la misma amenaza que el comunismo, por peligrosas (veamos en España las campañas de los ultra contra la democracia y las izquierdas más parlamentarias, acusándolas de proclives al comunismo y tendremos la imagen de la misma mentalidad en los círculos básicos de poder de los Estados Unidos). Lo cual no consuela del todo a sus aliados. Pensemos que el Imperio de los Estados Unidos se ha hecho y se mantiene por la colocación al frente de los países de personajes de seguridad: de "colaboracionistas", en una palabra maldita después de la última guerra mundial. Pero estos colaboracionistas entienden también ahora que la resurrección de una izquierda largamente dominada y cercada durante la guerra fría no se puede combatir por las fuerzas de seguridad, sino por otras vías: pueden coincidir con Carter.

En este sentido, es importante ver otro de los primeros actos de gobierno de Carter: el envío a Europa del vicepresidente, Walter Mondale. Se sabe que el papel de vicepresidente en Estados Unidos es

deslucido y marginal, y se sabe también que cada Presidente ha anunciado siempre que, por primera vez, el vicepresidente que ha designado y ha sido su compañero de elección va a tener un paso real en el país. En el caso de Mondale podría producirse esta excepción, por lo menos al principio. Es un hombre al que se atribuye una capacidad política superior a la de Carter. Mondale, apenas hecho el juramento del Presidente, ha tomado su avión y se ha venido a Europa, donde está. La intención inmediata es la de borrar la impresión de los viajes de Kissinger. Bruselas —capital de la OTAN—, Bonn, Roma y Londres forman su itinerario (la Japón irá al regreso). Las entrevistas de Bruselas se refieren enteramente al problema de la defensa común, y a las indicaciones de Carter en su campaña de que reduciría sus gastos de defensa: los que llamamos "colaboracionistas" se inquietan de que pudiera reducirse esta parte rentable del imperialismo y de que se les exigiese una participación mayor en un momento de crisis. Es decir, que se exportase una vez más la inflación en forma que los Estados Unidos pudieran reducir —o contener— sus gastos militares, y a los europeos se les obligase a aumentarlos.

Las entrevistas con los Jefes de Estado y Gobierno de los países grandes de la comunidad Europea —Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña— puede estar relacionada con el espectro económico general de la crisis y con las maneras de evitar que esta crisis se refleje en las clases populares hasta el punto de acentuar la "desviación" de éstas a la izquierda, que se va percibiendo año tras año. El panorama que parece dibujarse en la era de Carter es el de una revalorización de la democracia y el de una mayor sensación de libertad por parte de los países europeos.

No hay que olvidar nunca que un Presidente de los Estados Unidos es siempre una imagen de un poder que no reside en él, y que tampoco reside en el pueblo, al que se ha dirigido Carter con acentos de plegaria. Está en el gran complejo industrial del país, está en Wall Street y está, simultáneamente, en el Pentágono. Cuando surge un Presidente es porque esos elementos directivos prefieren la imagen que dé ese Presidente a la de cualquier otro. Por lo tanto, Carter lo que va a dar, y está dando ya, es la imagen de un nuevo estilo, de una manera nueva de conducir la política mundial, distinta de la del agrío Nixon o la del tozudo y borroso Ford. Es un estilo que se configura ya en el mundo desde antes de Carter: el estilo de la nueva democracia reconquistada. Un estilo al que, por una vez, España se está incorporando a tiempo.

El fondo, naturalmente, es el mismo. Entre otras razones, porque no puede ser otro. ■

Las masacres de Egipto

El régimen de Sadat se ha tambaleado mientras las Fuerzas del Orden disparaban contra miles de manifestantes en El Cairo, Alejandría y otras ciudades del Delta y el Alto Egipto. El Presidente egipcio ha anulado las alzas autorizadas de precios de artículos de primera necesidad y ha acusado a los comunistas de provocar la revuelta. Pero la muchedumbre gritaba "Tenemos hambre" y dirigía su desesperación contra Bancos, cabarets y edificios públicos. Ochenta muertos han sido una muy seria advertencia al "nuevo jedive" —como los manifestantes insultaban a Sadat—, sucesor sin carisma de Nasser.

Todo va mal en Egipto. El empobrecimiento de las masas campesinas y obreras alcanza niveles desconocidos, incluso, en la época de la Monarquía. Por contra, las grandes fortunas proliferan y, sobre todo, los escándalos por corrupción dentro de la burocracia del poder. Sadat, principalísimo propietario él mismo, viene disculpando muy generosamente los sobornos y devaneos de sus ministros y colaboradores. Y al mismo tiempo, la debilidad económica del Egipto "victorioso" desde octubre

del 73 ha encadenado dramáticamente el país a las grandes maniobras internacionales.

Por consejo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, el Gobierno egipcio ha iniciado una reducción del gasto que incluye el cese de subvenciones a artículos de consumo básico: arroz, trigo, harina, maíz, azúcar... Para la mayoría de la población, sin posibilidades de aprovisionamiento en mercados soterrados, estas medidas han producido un vivo malestar; el egipcio ve cómo se "indianiza" a grandes pasos.

El Gobierno egipcio sólo controla, en la actualidad, un aparato financiero en bancarota, reducido a cubrir préstamos con otros nuevos, y así sucesivamente. Las aportaciones internacionales exigen "remodelaciones" del sistema económico que sublevar —como en el caso actual— a las multitudes marginadas. La ayuda árabe, las promesas de los países hermanos productores de petróleo no acaba de superar el terreno de la propaganda y las declaraciones de solidaridad. El esfuerzo bélico sigue absorbiendo el 40/50 por 100 del presupuesto...

La estabilidad política de Egipto ha acabado. Cuarenta millones de ciudadanos marginados, desilusionados y sin esperanza advierten a Sadat que "su rectificación" de 1971 y el proceso contrarrevolucionario emprendido pueden darse por concluidos. ■ PEDRO COSTA MORATA.

Francia: Una lotería macabra

Si alguien estaba condenado de antemano; si a alguien se le daba por guillotinado; si alguien no podía esperar la gracia presidencial, era Patrick Henry.

Convicto y confeso de haber secuestrado y asesinado a un niño de seis años once meses ha, Patrick Henry no sólo tenía contra sí al 71 por 100 de los franceses partidarios de la pena de muerte, sino también a la casi totalidad de la opinión pública, que había descargado en él una insospechada capacidad de odio y de deseo de venganza. Patrick Henry se convirtió en el "monstruo inmundado" y temido, con cuya desaparición pensaba el buen francés medio exorcizar la angustia que le producen las nuevas ideas, la evolución de su estatuto social y la violencia que engendra el desarrollo caótico del capitalismo.

Este clima de histeria colectiva, este deseo de linchamiento —muchos abogados rehusaron la defensa del acusado por las amenazas que habían recibido— produjeron al fin un efecto contrario: los miembros del Jurado (designados por sorteo entre los ciudadanos franceses) tuvieron un gesto de repugnancia y decidieron no sentirse lo que hubiera sido la ley de Lynch, condenando a Patrick Henry a cadena perpetua.

Sin duda respiró también Giscard d'Estaing al eludir el problema de decidir el funcionamiento o no de la guillotina.

Es éste un peligroso instrumento dialéctico de la "sociedad liberal

avanzada", y de delicada manipulación. Los últimos presidentes —Pompidou, Giscard, sobre todo el primero— se declararon opuestos a la pena de muerte. Pompidou había prometido que la guillotina permanecería inactiva durante su mandato: No pudo cumplir ninguna de las dos cosas, ni la promesa ni los siete años de presidencia; sin llegar a ser tan categórico como su predecesor, Giscard d'Estaing declaró el 11 de abril de 1974 que "tenía una profunda aversión hacia la pena de muerte". Por ello se pensaba que su abolición sería una medida importante de las que anunciaba vagamente durante su campaña electoral, algunas de las que se plasmaron luego en la legalización del aborto, autorización de la píldora y su reembolso por la Seguridad Social, voto y mayoría de edad a los dieciocho años y... poco más.

Dos de sus ministros —y qué ministros: Poniatowski, del Interior, y Lecanuet, de Justicia— no compartían la actitud humanista del Presidente ("creo en la clemencia de la pena de muerte", diría el segundo). Por ello, la guillotina ha funcionado en Francia según las necesidades de la sociedad que la mantiene. Se podría adelantar incluso la teoría de que los grandes debates sobre la pena de muerte se han producido en momentos de crisis políticas graves, o cuando se trataba de reforzar el poder ejecutivo: a principios de la década del 40, al llegar De Gaulle al poder y ahora.

Lo que es más seguro es que ese 71 por 100 de franceses que declaman, partidarios de la pena capital, ejercen una presión importante en el momento decisivo, y que la vida de un condenado puede depender de la proximidad de unas elecciones. ■ RAMON CHAO.